

bre de necio (a), que no se dexaba entender por querer hacerse admirar. El mismo Augusto se burlaba con frecuencia de Mecenas por lo estudiado y afectado de su estilo; y Seneca el filósofo, que ciertamente no era muy apasionado al gusto sencillo y llano, no podia sufrir (b) la enredosa composicion de Mecenas, las trasposiciones de palabras, los pensamientos á veces grandes, pero siempre enervados por las expresiones, ni una diction debil y lánguida, que manifiesta el animo afeminado, y las disolutas costumbres del escritor. ¿Quanto no distaba de la verdadera eloqüencia Asinio Polion, quien por el ingenio, por el estudio y por la doctrina debia seguirla mas de cerca? Un Estilo aspero, seco, falto de armonía, antiqüado y obscuro era el estilo que en Polion reprehendian los buenos críticos de la antigüedad. Las ineptias, la falta de concinidad en las sentencias y la corrupcion de las palabras

(a) Suet. in Aug. LXXXVI. (b) Ep. CXIV.

antiqüadas eran tan comunes en tiempo de Augusto, que por haber él sabido evitarlas obtuvo las alabanzas de Suetonio, (a). Pero el mismo Augusto pudo por otra parte contribuir al corrompimiento de la verdadera eloqüencia, puesto que, como nos refiere el mismo Suetonio, por un excesivo amor á la claridad dexaba á veces las preposiciones, multiplicaba las conjunciones, y acarrea-
ba algun perjuicio á la elegancia y á la gracia de la locucion latina. Mas sin embargo entónces todavía reynaba el gusto antiqüo, antiqüos se llamaban los oradores que entónces eran celebrados, y aunque en el estilo de Calvo, de Celio, de Asinio Polion, de Corvino y de otros se descubriese ya alguna novedad, en todos se reconocia aun lo sano y vigoroso de la antiqüa eloqüencia, y solo en Casio Severo, que floreció hácia fines del imperio de Augusto, se quería extinguída la antigüedad por lo que mira á

(a) LXXXVI.

los oradores. Este, se dice en el *Dialogo de los oradores*, que fue el primero que infectó y desvió la oracion del antiguo y recto camino de bien hablar; este fue el primero, que despreciado el orden de las cosas, omitida la modestia y el pudor de las palabras, descompuesto hasta en las mismas armas que usaba, y á veces sobrado descubierto su estudio de herir, no hacia verdadera batalla, sino solo riña. Pero haya ó no sido el primero, lo cierto es que en tiempo de Augusto se encontraba ya muy depravada la eloqüencia; y que sucedió á un estilo florido y copioso el truncado y conciso, y á una juiciosa y bien ordenada oracion los relumbrones de ingenio y las sentencias sueltas. A este defecto creo yo que haya contribuido aunque indirectamente la copia de Hortensio, así como la suavidad de Isócrates hizo de algun modo nacer el corrompido gusto de los Griegos posteriores; porque del mismo modo que estos, queriendo huir de la excesiva dulzura y suavidad de Isócrates, incurrieron

ron en la aspereza é incultura; así los Latinos por evitar la asiática redundancia, y la fluida pompa de Hortensio se dieron á una concisa, sentenciosa y seca oracion que los hiciese parecer aticos, y los libertase de la tacha de asiaticos. De Ciceron puede decirse, como de Demostenes, que evitó los defectos de los celebrados predecesores conservando sus buenas prendas, y que antes bien acrecentó las perfecciones sin caer en los vicios contrarios. Pero algunos otros coetáneos suyos, y mucho mas los posteriores, no sabiendo guardar una justa sobriedad en la abundante copia y compasada armonía de la oracion, y en las flores de las sentencias demasiado freqüentes en Hortensio, se dieron á un estilo arido y duro, confuso é indigesto. Del exemplo de Salustio deriva tambien Seneca (a) el uso que entónces se hacia de pensamientos sueltos, de clausulas truncadas y de obscura brevedad, buscando muchos con es-

(a) Ep. LXIV.

tudio, y poniendo continuamente en uso lo que solo alguna vez se le habia escapado á la pluma de Salustio.

El uso de las declamaciones causa daño á la eloqüencia.

¶ Pero el mayor daño de la eloqüencia proviene en mi concepto de haber pasado su teatro de los tribunales á las escuelas, de los antiguos oradores á los posteriores retóricos. *Pace vestra*, diremos á estos con Petronio (a), *pace vestra liceat dixisse, primi omnium eloquentiam perdidistis*. A los oradores, como veremos mas adelante, ya no se les presentaba ocasion para hacer en el foro uso de su fuerza de razonar, y yacian mudos aquellos mismos que con tanto aplauso se habian hecho oír del senado y de todo el pueblo. El unico campo que quedaba abierto á los que querian ostentar eloqüencia, eran las escuelas, donde los retóricos se entregaban á ridículas y pueriles declamaciones. Aconsejar á Alexandro, muerto tantos años antes, ó surcar el océano, ó reposar sobre sus laureles; ex-

(a) Sat. in princ.

exhortar á Agamenon á no sacrificar á su hija Ifigenia á la voz de Calcas; fingirse causas complicadas y confusas jamás reducidas ni capaces de reducirse á la práctica, para hacer ostentacion de ingenio y de eloqüencia, eran los ejercicios de aquellos retóricos, que tenian la fama de hombres eloqüentes. *Non est*, diremos con Casio Severo (a), *non est, quod oratorem in hac puerili exercitatione spectes*. No hay cosa mas contraria á la verdadera eloqüencia que el querer ser eloqüente solo con el fin de hacer ostentacion de eloqüencia: como nada hay entónces que hiera el corazon y que excite los afectos, nada que avive el entusiasmo y que inflame la fantasia, todo es forzado y violento, todo relumbrones de ingenio y juegos de espiritu, todo pasiones violentas y extraños delirios de loca imaginacion. De aqui provinieron los conceptos agudos, las frecuentes antitesis y las atrevidas sentencias que se encuentran en las declamaciones

(a) Sen. *Excerpt. contr.* l. III.

nes ; de aqui aquella raza de declamadores , que los escolasticos llamaban *calidos* (a) , pero que eran sumamente frios por su intempestivo y mal dirigido calor ; de aqui el estudio de manifestar el arte que deberia ocultarse , y de alejarse de la naturaleza que es la unica que deberia seguirse ; de aqui en suma aquellos defectos que nos chocan en las declamaciones de los antiguos retóricos, y de que jamas se verán libres aquellos escritos que presentan una eloquencia ociosa , forzada, y, digamoslo así, de mandato. Las decantadas piezas de eloquencia de las academias modernas justifican suficientemente esta nuestra asercion, y nos hacen temer un corrompimiento de estilo que provenga en gran parte de sus exercitaciones, qual ahora lo observamos en los escritos de los antiguos derivado de las declamaciones de las escuelas retóricas. Seneca (b) *te* la historia del uso de estas declamaciones introducido en Roma , y trae algu-

(a) Sen. Suas. III. (b) Contr. lib. I.

gunos exemplos en las suasorias y en las controversias , que nos pueden dar á conocer quanto se habia corrompido en las escuelas el sano gusto de la eloquencia. Tiraboschi , que confiesa haberse pervertido ya en tiempo de Augusto la romana eloquencia por Mecenas , Polion y algunos otros , no puede sin embargo resolverse á creer , que los pasages referidos por Seneca en las suasorias y en las controversias sean realmente de los autores á quienes los atribuye el mismo Seneca. Por „ mas extraordinaria , dice (a) , y por „ tentosa que fuese su memoria ; era po „ sible, que en una edad avanzada se acor „ dase de tantos pasages de las declama „ ciones de tantos y tan diversos autores, „ como recogió en diez libros de contro „ versias ? Es posible que tantos oradores „ ó declamadores como él nos nombra „ todos tuviesen la misma manera de es „ cribir y de pensar ? “ Pero yo no veo porque deba parecer tan extraño y por-

Tom. V. I ten-

(a) Tom. II, lib. I, cap. III.

tentoso que un hombre, que oyendo una sola vez dos mil palabras diversas las repetía de seguida con el mismo orden con que las había oído; que un hombre, que apenas había acabado de oír ducientos versos á personas distintas, podía, no solo recitarlos, sino recitarlos en orden inverso comenzando por el último, y acabando por el primero; que un hombre semejante pudiese, meditando y pensando, recoger en la memoria algunos pasages sueltos é inconexos, y algunos planes de declamaciones de autores que él había oído en el tiempo de su mas feliz memoria. Basta leer las citadas suasorias y controversias; basta ver la sencilla y natural historia que el mismo Seneca tan ingenuamente nos presenta de estos escritos; basta reflexionar que á veces son bastante largos los pasages que se refieren, otras solo se cita una sentencia ó un breve pensamiento, otras no mas que la división ó el plan, y otras finalmente se refiere haber dicho el autor cosas bellísimas, sin expresarlas, y mayormente quando al-

algunos de los referidos pasages se hallan severamente reprehendidos por Seneca; basta observar la notable diversidad de estilo que facilmente se descubre entre los pasages propios de Seneca, y aquellos de los declamadores citados, para decidir sin dificultad, que se requieren fundamentos mas solidos para imputar á Seneca una tan inutil y desvergonzada ficcion. Y si los estilos de diversos declamadores son entre sí semejantes, esto hará ver la universal corrupcion que se había introducido en tales ejercicios, y solo probará, que podía aplicarse á aquellos retóricos lo que en el *Dialogo de los oradores* se dice de Ciceron, de Cesar, de Calvo, de Bruto y de otros coetáneos suyos, esto es, que *si omnium pariter libros in manum sumpseris, scias, quamvis in diversis ingeniis, esse quamdam iudicii ac voluntatis similitudinem et cognationem*. Pero aun quando fuesen fingidos los citados pasages de los declamadores romanos, lo que no tiene el mas mínimo fundamento, siempre será cierto que las suaso-

rias y las controversias, que estaban tan en uso en las escuelas, abundaban de conceptos fríos y ridículas inepcias. Quando hablo en el foro, decia Casio Severo (a), hago alguna cosa; pero quando me pongo á declamar, me parece que estoy soñando: *Cum in foro dico, aliquid ago: cum declamo, videor mihi in somnis laborare.* Estos sueños, estos enagenamientos, estas quimeras corrompian el gusto de los Romanos, y les hacian perder todo sabor de buen estilo. *Levibus enim atque inanibus sonis,* decia Petronio á los declamadores, *ludibria quaedam excitando effecistis, ut corpus orationis enervaretur et caderet.* Los niños y los jóvenes concurrían con frecuencia á estas escuelas; se aplaudían los mas ridiculos declamadores, y los buenos oradores yacían abandonados. Cestio y Latron eran preferidos á los hombres mas eloquentes que entónces se oían en Roma; y mientras se aprendían de memoria las declamaciones de Cestio, de Ciceron so-

(a) Sen. *Excerp. contr.* lib. III.

lo se leían aquellas oraciones á que habia respondido el mismo Cestio (a); y todos se creían superiores á Ciceron, al paso que confesaban quedar muy inferiores al retorico Sabiniano. Al abandono de los antiguos y verdaderos maestros del buen modo de escribir, y al aprecio del nuevo y corrompido estilo, se añadió la multitud de extrangeros que de todas naciones concurrían á Roma metropoli del universo, los quales, corrompiendo con sus bárbaras voces la elegante pureza de la lengua romana, acarrearón gran daño á la eloquencia latina.

En este estado encontró el retorico Seneca. Seneca la eloquencia latina quando pasó á Roma para cultivarla. Cestio, Silon, Arelio, Latron, Triario y otros tales fueron los oradores, á quienes vió que se tributaban los aplausos que antes se dispensaban á los Crasos, á los Antonios, á los Hortensios y á los Cicerones; y relumbrones de ingenio, pensamientos atrevidos,

(a) Sen. *ibid.*

dos, nuevas é inusitadas expresiones, y diction truncada y falta de armonía, eran los adornos de las declamaciones que en las escuelas romanas se oían con admiracion. Así que creo, que quien quiera examinar con algun cuidado la decadencia de la eloqüencia romana no hallará razon para llamar reo al retorico Seneca, que la encontró ya reducida á un estado tan miserable; y antes bien, oyendo los elogios que dá á la facundia de Tulio y de los oradores coetáneos, que en realidad han sido los mas dignos de alabanza, y lo que se lamenta de la decadencia que sobrevino en los tiempos subsiguientes, viéndole investigar filosoficamente y con justo celo las causas de tal corrompimiento, y mostrar un gusto bastante fino en la crítica censura de los oradores que reprehende, y observando tambien, que su estilo, aunque algo distante del ciceroniano, parece mucho mas sencillo y natural, menos violento y menos corrompido que el de los retóricos que le precedieron, creo que no sin fundamento

po-

podrá decirse, que el retorico Seneca acarreó á la eloqüencia romana mas ventajas que perjuicio. En efecto yo nunca lo encuentro acusado por los criticos antiguos de un pervertimiento semejante, ni al contrario lo veo alabado por los seqüaces del nuevo estilo, y ni tan solamente se halla nombrado en el famoso *Dialogo de las causas de la corrompida eloqüencia*, antes bien su nombre distaba tanto de aquella celebridad que se requiere para adquirir seqüaces, que muchos modernos han querido atribuir sus obras á Seneca el filósofo, por no saber quien fuese aquel Seneca retorico, ni encontrarlo jamas celebrado en los escritos de aquella edad; y de todo esto debe inferirse, que Seneca el retorico pudo tener muy poca parte en la mutacion que acaeció entonces en la eloqüencia romana. Mayor credito obtuvo en Roma, y se adquirió mayor número de seqüaces Seneca el filósofo. Suetonio dice (a), que ya en tiempo de Caligula

te-

(a) In Calig. LIII.

tenia mucho sequito en Roma su eloqüencia. Quintiliano (a) habla con extension de Seneca, y nos hace ver el extraordinario entusiasmo de que estaban poseidos los Romanos por el estilo de aquel filósofo, que llegaba hasta no verse en las manos de los jóvenes otro libro que las obras de Seneca. Todos amaban á Seneca, todos se proponian á Seneca por modelo, todos se gloriaban de ser sequiaces é imitadores de Seneca, y Seneca ciertamente tenia mucho influxo en el gusto de la eloqüencia de aquella edad. Yo estoy muy lejos de querer defender, y mucho menos alabar el estilo de Seneca; y solo digo, que no puedo resolverme á creerlo autor de tanto mal como se le quiere atribuir. De quanto hemos dicho hasta aqui puede inferirse, que los Romanos no necesitaban el exemplo de Seneca para seguir un estilo que tanto tiempo antes habian abrazado los oradores mas célebres, y que toda Roma habia oido con tanto aplau-

(a) Lib. X, cap. I.

aplausos. A mas de que si el exemplo de Seneca por su mayor celebridad, y por las singulares prendas de sus escritos, superiores, segun el testimonio del mismo Quintiliano, á los de sus coetáneos, pudo ocasionar algun perjuicio al buen gusto romano, su doctrina sobre este particular debia servir de algun modo para curar el mismo mal. Sus freqüentes declamaciones contra la truncada oracion, las clausulas interrumpidas, las sentencias sueltas, y generalmente contra el nuevo estilo que entónces estaba en aprecio; las alabanzas que da repetidas veces á Tulio, y las censuras contra Polion, Mecenas, Ovidio y otros escritores del nuevo gusto, pueden recompensar la debilidad que le induxo (ó movido de la agudeza del proprio ingenio demasiado sutil, ó de los aplausos de la multitud sobrado amante de los fuegos fatuos entónces tan en uso) á dexarse llevar de aquellos vicios que tan justamente habia sabido reprehender en otros, y llegar á superar á aquellos mismos que se proponia reprehender.

Dexemos pues descansar en paz á los manes de Seneca, y volvamos mas bien contra los pretendidos aticos y tucididistas del tiempo de Ciceron, contra Polion y otros poco amantes del estilo tuliano, contra Mecenas, Ovidio, Casio, Severo y los escritores del nuevo estilo, y singularmente contra las clamorosas escuelas retóricas de Roma, y contra la insana turba de los ineptos declamadores; volvamos, digo, contra todos estos una acusacion que injustamente se querria hacer á Seneca, que era tan posterior. Pero de todos modos lloremos la decadencia de la eloquencia romana, y el contagio del nuevo gusto, que se iba haciendo mas y mas universal, y llegaba á ser comun, no solo entre los oradores, sino tambien entre los poetas, historiadores y escritores de todas materias, y que con el exemplo de Seneca adquirió mayores aumentos. Seneca, uno de los mas grandes ingenios de que puede gloriarse la romana literatura, trató, como dice Quintiliano (a), casi todas

(a) Tom. X, cap. I.

das las materias; y en las oraciones, en los poëmas, en las epistolas y en los dialogos introduxo el estilo truncado, conceptuoso y afectado de los retóricos, y le dió una reputacion qual no habia obtenido hasta entónces. Despues de aquel tiempo no pueden los Romanos contar muchos escritores, y ninguno ciertamente de sano gusto. Contemporaneo de Seneca fue Patronio, no ya conceptuoso y estudiado, sino inelegante é inculto, y autor de un escrito de poco merito por lo que mira á la elegancia y cultura. De mejor gusto y de mayor pureza son Columela y Paladio en sus obras de agricultura. Algo despues escribió Plinio una vastísima obra qual no se ha escrito ni antes ni despues; pero la llenó de pensamientos atrevidos, de expresiones agigantadas, y de inútiles, y á veces falsos adornos. Tacito y Plinio el jóven ocupan despues de estos el primer lugar entre los escritores latinos; y Plinio el jóven, aunque en mi concepto queda inferior á Seneca y al otro Plinio en la agudeza del ingenio, y

Otros escritores latinos.